

## EL TRABAJO EN LA MUJER Y EN EL NIÑO.



L Cristianismo sacó á la mujer del triste estado de esclavitud en que yacía, para hacerla compañera del hombre, formándose así la verdadera familia; en virtud de esta regeneradora innovación, la mujer tomó parte activa en la educación é influyó poderosamente sobre el porvenir de los hijos.

Aún existen pueblos donde la mujer es vendida como esclava ó está relegada al estado de objeto agradable; pero la barbarie en que esos pueblos se hallan, explica sobradamente lo perjudicial que es á la sociedad tal estado de cosas. Estudiando el nivel moral á que la mujer se encuentra, puede saberse seguramente el grado de civilización que las naciones alcanzan.

Siendo por lo general la mujer menos robusta que el hombre, no es propia para los trabajos fuertes, por más que, desarrollada su musculatura y vigorizada su naturaleza, la veamos en los circos compitiendo con el hombre, ejecutar expuestos y ágiles ejercicios gimnásticos, así como en muchas de nuestras comarcas, ocupadas en penosas y duras faenas de campo; pero entre estos trabajos hay algunos propios de la mujer, como son los de horticultura y jardinería, á los que puede dedicarse al mismo tiempo que á los cuidados de su hogar.

Educar á sus hijos es sin embargo la principal misión de la mujer; pero si ha de cumplirla debidamente, es preciso que esté en condiciones para ello, cultivando la inteligencia por el estudio desde sus primeros años. Si no llega á ser madre de familia, tal educación le evitará el aburrimiento y el hastío que con tanta frecuencia acomete á muchas mujeres porque carecen de tan precioso recurso.

A todos los trabajos intelectuales puede dedicarse la mujer; y si bien aun no está abierta para ella la entrada en muchas carreras, tiene más amplia esfera en que girar, pudiendo prevenirse de la miseria, sin acudir al mal retribuido trabajo mecánico.

Los trabajos de ciertas fábricas y talleres no son tampoco convenientes para la mujer, ya por ser demasiado fuertes, ya por la atmósfera malsana que se respira. En cambio hay otros, como en las fábricas de loza, donde puede tener ocupaciones propias de su sexo, dedicándose al estampado y pintura; pero entre las profesiones manuales, y aparte de las que propiamente se llaman industriales, están reservadas á la mujer las de costura, bordados y planchado, no exentas tampoco de peligros, sobre todo para las jóvenes que entran en los talleres en la época de su desarrollo, estando expuestas á la tisis y otras enfermedades si el trabajo es excesivo; los locales tienen malas condiciones, y las posturas que toman constantemente las hacen adquirir vicios de conformación, ó alteran las funciones de órganos importantes. Sea la costura á mano ó con máquina, han de evitarse las posiciones viciosas, sin prolongar mucho las horas de trabajo, que deben ser interrumpidas para permitir algunos ratos de descanso, los que pueden estar marcados por la persona encargada de la dirección del taller.

Las planchadoras deben procurar que las tablas ó mesas en que trabajen no tengan mucha elevación, y evitarán también el respirar las emanaciones de óxido de carbono que se desprenden de las hornillas; como asimismo deben preservarse con gran cuidado de las corrientes de aire frío que pueden ocasionarles graves males.

También va extendiéndose en España la buena costumbre de dar cabida á las jóvenes en los despachos de las tiendas, ocupación muy adecuada, más propia que del hombre, y que es un gran recurso para la mujer.

Los preceptos higiénicos, ya cerebrales ó manuales, tienen idéntica aplicación refiriéndose á la mujer, si bien más extremados, pues mientras más delicada es una flor, mayor es su exposición si no se la preserva y se procura alargar su vida con esmeradas precauciones.

En cada casa, en cada hogar, hay trabajos especiales que están hechos ó dirigidos por la madre de familia, debiendo ésta con su buen tacto, instrucción, conocimientos higiénicos y económicos, distribuye los trabajos entre todos los individuos que bajo su dirección se hallan, teniendo en cuenta las condiciones de cada uno para no darles ocupaciones superiores á sus fuerzas, y poderles exigir su exacto cumplimiento. La buena distribución de los trabajos y del tiempo en que han de ejecutarse, es una de las condiciones indispensables para la comodidad y bienestar de las familias.

Influye, pues, la madre poderosamente, por la dirección que da á sus hijos,

en los hábitos de trabajo y estudio que en éstos adquieren desde la tierna infancia, edad que se presta cual ninguna á recibir impresiones que jamás se borran. El amor al trabajo es un bien preciado que ha de inculcarse en sus almas; pero hasta lo que se considera como virtud, puede convertirse en origen de males, si por el deseo de que se distingan y adelanten, ó por el afán del lucro que puedan reportar, se obliga á los niños á trabajos superiores á su tierna edad, ya sean físicos ó intelectuales. Los estudios han de ser progresivos, graduando las fuerzas de la inteligencia y alternando siempre con ejercicios que robustezcan el organismo.

En cuanto se relaciona con las ocupaciones mecánicas que en las fábricas y talleres desempeñan los niños, pueden comprenderse los peligros á que se exponen, por los que corren los obreros adultos, teniendo aún mayor necesidad de ser protegidos. La legislación francesa se ocupa con preferencia en este asunto, y prohíbe el trabajo en algunas industrias á los niños, no permitiéndoles la entrada en los talleres hasta la edad de doce años, marca la duración del trabajo, los días hábiles, los requisitos de salubridad de los edificios y la instrucción que requieren los aprendices. Aunque nuestras leyes no desatienden en absoluto cuestión tan grave, no la tratan con la importancia que verdaderamente requiere. Pero si los gobiernos descuidan la inspección y vigilancia de lo que tanto interesa, los padres, y en particular las madres, en cuyos corazones el amor á los hijos es siempre grande, no deben de ningún modo consentir que se dediquen á oficios ó trabajos fuertes, en esa primera edad del desarrollo de todas sus facultades. La asistencia á la escuela primaria gratuita, permite hasta á los más pobres dar á sus hijos una educación indispensable á todo ser racional, cualquiera que sea el lugar que en la sociedad ocupe, preparándolo y haciéndolo apto para la profesión liberal ó mecánica que haya de ejercer.

Para atenuar los efectos del descuido de los padres, algunos industriales, animados de nobles deseos, fundan escuelas en sus fábricas, con objeto de que se eduquen los hijos de sus obreros; mucho convendría que tan laudables propósitos fuesen más generales.

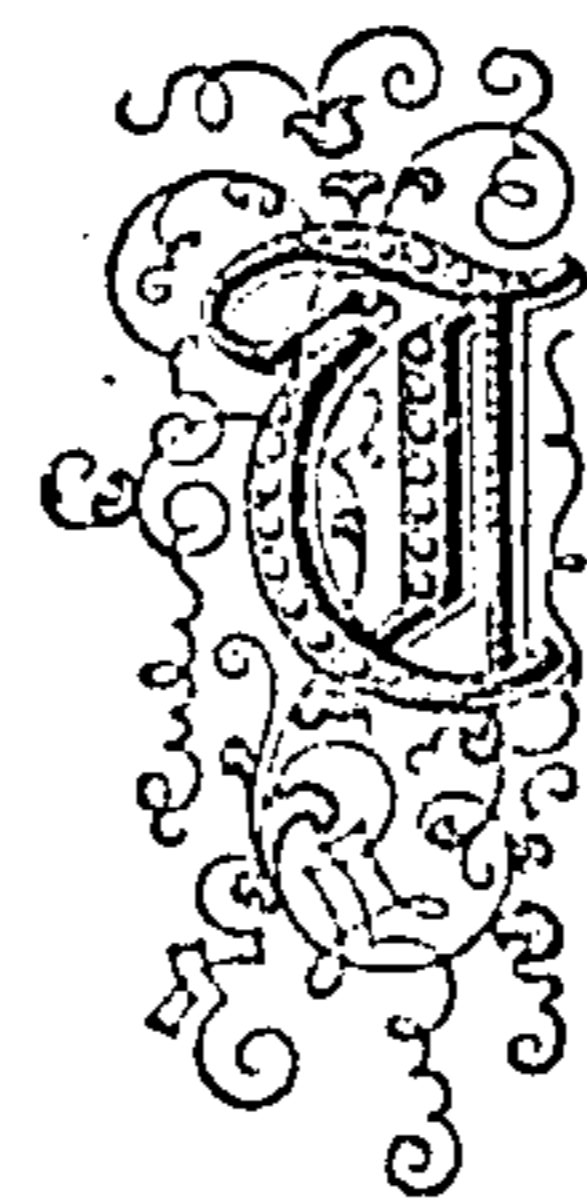
¿Y quién sabe, á veces, si el humilde hijo del pueblo al cultivarse su inteligencia, al desarrollarse sus facultades superiores, descubre especiales aptitudes, y llega á ser uno de esos hombres de genio que con frecuencia se elevan por sus grandes dotes de la humilde esfera donde nacen?

Berthier era hijo de un portero; Cristóbal Colón, de un cardador de lanas; Darvy, el famoso químico, de un carpintero; Fray Luis de Granada, de una familia pobre; Molière, hijo de un tapicero; el Mariscal Murat, de un posadero, y tantos otros á quienes su genio y la educación colocan en primera línea, por más que el nacimiento les colocase en la última. Las madres, las madres sobre todo, deben estimular y guiar á sus hijos, proporcionándoles siempre las ventajas de una buena educación, aun á costa de los mayores sacrificios.

Madrid, 1887.

ADELA RIQUELME DE TRECHUELO.

## CRÓNICA PARISIENSE.



Como París está veraneando á orillas del mar, en las montañas ó en las fincas rurales. La vida en las mansiones del campo, resucitará las bellas fiestas campestres, inauguradas el año pasado. Aun se recuerda la fiesta de las mieses, dada por una de las damas más elevadas de Francia en la morada de sus antepasados: comida al aire libre, mesa adornada de amapolas, baile por la noche en un prado iluminado, regocijo para los capesinos y, sobre todo, espléndidos fuegos artificiales. El traje de rigor era blanco para las señoras, con peinado á los Ceres, compuesto de espigas de trigo. Los hombres vestidos de claro con flores en los ojales.

También en otras partes habían organizado las gentes del gran mundo ferias con carreras de pollinos, carreras en saco, tiros al blanco y juegos de destreza. Un aparato, manejado por un autor dramático muy conocido, representaba las suertes más extravagantes que pueden imaginarse. Por la noche baile campestre, como es natural, á los acordes de una música de aficionados. Fuegos artificiales y burlescas retretas de antorchas. Los anfitriones é invitados representaban los papeles del divertido programa. El traje campesino era de rigor para